



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tlfs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tlf. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tlf. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entro. 03202 Elche. Tlfs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELÉFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 902 1999 00. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.lv@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

## TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



### Cuesta de enero

**I**  
■ De siempre hemos insistido en que bajo la piel de cada tópico se alberga una seria verdad. Decir ahora, ya madurado el invierno, «cuesta de enero», aparte de la dimensión costumbrista que tal expresión arrastra, de sus evidentes flecos folklóricos, ¿no es enfrentarse de algún modo con el misterio del inexorable futuro que hacía nosotros avanzar?

Baratas filosofías aparte, gústele o no, viene el hombre haciéndole cara a ese ineludible estadio precisamente por cuesta de enero conocido, que cada año le acecha, terreno pendiente, cuesta en suma, la cual, es claro, exige un esfuerzo a cambio de salvarla con cierta galanura, sin jadeos.

—Hasta la Candelaria servidor no toca un duro.

Se lo hemos oído proclamar un tanto desconsoladoramente a un amigo, ya consumidas las consabidas pagas, la «normal» la «extra», cuesta de enero «a cuestras», todavía con el recuerdo caliente de las caducadas glorias navideñas, la amenaza de la gripe encima y en marcha las inevitables vacilaciones al fechar las primeras cartas del año, por inercia colocando aún el 99 en donde el redondo 2000 debe triunfar.

Problemas económicos aparte, otro inconveniente nos acecha en la cuesta de enero: el convencimiento de creer a pies juntillas que cada vez los años son más cortos.

—Lo ha notado usted, ¿verdad?

—¡Digo! ¡En un decir amén se me ha pasado a mí el último año del siglo!

Menos mal que, aún contando con la pendiente de la dichosa cuesta,

cada día más pina, febrero, locuelo él, ya apunta en el almanaque para acercarnos refrán de mucho alivio y confortación: «Por febrero busca la sombra el perro», quiere decirse la victoria de los buenos días. Lo peor es que, a causa del actual desajuste atmosférico, tirando a rosario de las cuevas, nadie se lo cree.



### II

■ —Ahora, **Fernandito**, lo que de verdad nos importa es no errar en la elección de la revista del corazón a la que vender la exclusiva de nuestra boda.

### III

■ ¿Cambian **afortunadamente los gustos** actuales, más bien cutres; las equívocas tendencias que confunden Biología con Eros, las glorificaciones de lo casposo, en fin? Referidos a una comedia, en gira por el país, hemos leído unos comentarios consistentes en la alabanza o exégesis a favor de su protagonista, una de nuestras grandes actrices, comentarios en los que —¡sorpresa, sorpresa!— como dato clarificador, señuelo o anzuelo que ha determinado público empieza a atraer, se señalaba ¡la ausencia de sexo!

Cosas veredes, Sancho, cosas veredes.

### IV

■ **Gusta el hombre bajito**, hacia enano tirando, descubrir su sombra alargada por el sol del atardecer, tal silueta pintada por el Greco.

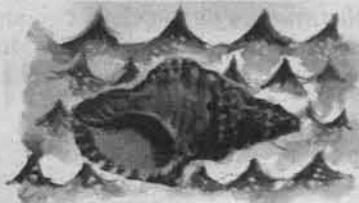
### V

■ **Nadie, lo que se dice nadie** se contenta con lo que por la naturaleza le fue otorgado. Así, la mujer rechazando el merecido



### El minicuento de urgencia

## La rebelión de las caracolas



**A**dmirase siempre el joven de aquella evidente, amorosa paciencia de su tío al lograr la copiosa colección de caracolas que, expuestas en vitrinas y fanales, venían a enriquecer caprichosamente su mansión, frente al mar levantada, suntuoso edificio al que el viejecito ricachón, a la sazón ya insertado en la vida eterna, llamó en su día, con entera justicia, «Museo de las caracolas».

Herederero único, recordaba el joven la palabra del fallecido tío, exaltadoras ellas, todas y cada una, de las caracolas que componían el museo, desde las ranelas a las drupas, desde las fasianelas a las pechinas indopacíficas.

—Además de su indudable belleza, mira, muchacho —insistía más de una vez el tío—, tú te pones una caracola junto al oído y enseguida alcanzas a escuchar el batir de las olas correspondientes a ese mar que cada caracola guarda dentro.

Pena de que, adicto el joven a la crápula más descarada, al total desentreno resuelto en cenas y orgías, dado, pues, a derrochar su herencia, se olvidara poco a poco de la importancia y hermosura del museo. Así, pasados los años, nevadas las caracolas por el polvo del tiempo y envueltas por las telarañas, llegó aquella terrible noche de horripante tormenta en la que fue llevada a cabo la muy razo-

nable rebeldía de las caracolas, las cuales, comunicadas unas con otras, comenzaron a soltar al unísono su correspondientes dosis de mar, es decir a derramar íntegramente el mar que, según inequívoca expresión del fallecido creador del museo, en su interior custodiaban.

Pavorosa estampa la de aquella noche, compuesta por un aparatoso oleaje cuya furia acabó por devastar vitrinas, cornucopias, doseles, cuadros de reconocida firma y lun largo y lamentable etcétera en el que también se incluía al mismísimo sobrino, arrastrado hasta el mar, sobre el que, días más tarde, apareció muerto, flotando sobre el azul ya en calma.

Fue así como, poblándolo con su carga de colorista belleza, los centenares de caracolas del museo retornaron al mar, su cuna. Allí andan todas ellas hoy, a la disposición del lector de este cuento, al que orientamos complacientemente facilitándole las señas del espléndido paisaje, ahora enriquecido con las nombradas caracolas, a granel salpicando la sotaria playa. Basta preguntar, una vez llegado a Marazul, por el llamado Museo de las Caracolas, hoy en ruinas frente al Mediterráneo o Mare Nostrum que gusta decir al que, al menos aparentemente, se las sabe todas.

piropo por el que se le confirma tener cintura de guitarra y, a su vez, la guitarra a la que, razonablemente, cintura femenina se le asegura poseer.

### VI

■ **Total sorpresa** del que pulsó el botón de su ombligo y escuchó un rítmico, lúcido y todopoderoso: «¿Quién es?».

### VII

■ **¡Manes estéticos** de la nevada, transfigurando la vulgar vivienda en palacio; maes los del vulgar



granizo, a su vez, aerolito convertido, en mitificado pedrusco, de la cola de un cometa desprendido.

—¿De la Estrella de Belén, oiga usted?

—Pues mire, nunca se sabe.

### VIII

■ **Primeras luces del día.**

Cristal del alba, invitando a ser atravesado, al modo del per-

sonaje de Lewis Carroll en su *Alicia en el país de las maravillas*.

4418-84